



MERCADO DE TRUJILLO (CACERES)

Contigo en la distancia

CONCHA GONZALEZ PIZARRO

Muchas pequeñas lunas miraban desde sus cinchos. Redondas, lechosas, con diminutos cráteres repartidos por sus caras. Perfectamente alineadas en el mostrador de mármol, esperaban su turno.

–¡“Qué hermosura de quesos”– pensó Ute. Estaban tan frescos que la faja de esparto que los rodeaba todavía rezumaba suero.

Nerviosa. Sólo faltaba media hora para que abriera la plaza. El delantal blanco, el moño tirante y la voz lista para pregonar su mercancía: ¡Quesos, quesos de oveja! ¡Recién hechos! ¡Los mejores del mercado!

Era jueves. El día de mayor afluencia de público. Gente de todos los pueblos cercanos bajaban al Mercado de La Lanchuela para abastecerse de lo necesario para toda la semana. Además de los puestos fijos, multitud de tenderetes se instalaban en los alrededores del edificio de granito, en un abigarrado mercadillo. Tanta fama tenía el mercado de los jueves que la frase: “Te veo el jueves en Trujillo” era una forma de despedirse y decir “Hasta luego” entre la gente de la comarca.



Pero su nerviosismo tenía otro motivo.

Su familia le había visto. Estaba más gordo, tenía profundos surcos alrededor de los ojos y el pelo encanecido. Treinta años sí son algo, aunque el bolero crea que el tiempo no importa. Treinta años trabajando en un país extraño, con un idioma desconocido y unas costumbres ajenas, cargando, además, con la pesada losa de lo que pudo haber sido. La emigración fue el destino de muchos. Francia, Alemania, Argentina, con acento extremeño. Rodrigo fue uno de ellos. Seis hermanos, un padre que trabajaba en el campo, escaso jornal y un futuro muy incierto. Otros ya se habían ido. La construcción, las fundiciones o las empresas eléctricas eran el destino.

Cuatro hombres en una habitación. Ahorrar todo lo posible para enviar a la familia. “Suspiros de España” en Navidad. Las cartas recibidas, como único consuelo. –Volveré pronto. Ya verás. Ahorraré y volveré pronto– decían año tras año.

–Mujer, ¿pero qué te *paasa*?. Estás *alelá* –le espetó Juana, su vecina de puesto–. Toma un higo, pero no me enseñes el ombligo –dijo, riéndose de su adaptación del refrán–. Te sentará bien. Tienen mucha energía.

Juana llevaba toda una vida en el Mercado vendiendo frutas y verduras. Primero, en el de la Plaza Mayor, que fue desmontado y trasladado hasta el emplazamiento actual, en la calle de Fernán Ruíz. Su puesto era un primor. –“El buen paño no siempre se vende en el arca” –solía decir.– El género tiene que entrar por los ojos– sentenciaba.

Una muchedumbre aguardaba a ambos lados de la carretera. En lo alto de la última cuesta se veía avanzar, bamboleante, la imagen de la patrona. Rodrigo miraba inquieto y sin disimulo al grupo de amigos de Ute.

–¿Dónde se habrá metido?– pensaba. Tenía que saber si iría al baile.

Las fiestas del pueblo comenzaban y esa noche una orquesta iba a tocar en la plaza. No podía perder la oportunidad de bailar con ella y hacerle saber que la pretendía.

La plancha de carbón pesaba, la tarde era muy calurosa y a Ute ya le dolía el brazo. Tenía que almidonar bien la enagua para que abultara. Sus escasos 50 kilos no eran el canon de belleza de la época y sólo una ropa muy almidonada le hacía parecer algo más rellenita. La hora de la procesión se acercaba y su madre se lo había dejado claro: –Si no hay tiempo para acudir a la procesión, tampoco lo hay para ir al baile.

Subió la cuesta corriendo, justo cuando la Virgen estaba en el pueblo.

–Ya era hora, guapa –le dijeron sus amigas–. Y mira a quién tienes allí –comentaron entre risitas–. No deja de mirar para aquí. Se le va a quedar el cuello de jirafa, de tanto estirarlo para buscarte.



Ute sonrió. Rodrigo era bueno y trabajador y siempre tenía atenciones para con ella. Cuando pasaba camino de la era y se encontraba a las mujeres lavando en el río, el saludo: “Con Dios” se lo dirigía a ella, y por la noche, cuando paseaban por la carretera, siempre intentaba acomodar su paso para intercambiar algunas palabras.

Las beatas comenzaron a cantar y Ute se sumió en el espíritu de la procesión.

–¡Pero qué espárragos traigo hoy! –gritó tía Juana-. ¡Gordos y lustrosos!. ¡Y mira que higos!. ¡Y mira que brevas!.

Las vendedoras preparaban sus voces y Ute retiraba los lienzos blancos que todavía tapaban algunos de los quesos. Podía presumir de que estaban hechos con cuajo natural. –Nada de *químicas* como las que les echan ahora–.

Faltaban veinte minutos para abrir.

La orquesta tocaba “La Zarzamora”. Muchas parejas bailaban en la pista, bajo la atenta mirada de las madres cuya misión era velar porque ningún mozo se acercara excesivamente a sus hijas. Colocadas en las primeras filas de asientos, vigilaban atentamente quién sacaba a bailar a su retoño, cuántas piezas y, sobre todo, si guardaban la distancia reglamentaria. Cualquier infracción de estas normas no escritas suponía el fin de la fiesta, en medio de una gran regañina.

A los primeros sonos de “El gato montés” Rodrigo se acercó a Ute. –¿Quieres bailar esta pieza?–. Las manos grandes de trabajador del campo sujetaron su cintura. –¡Qué delgadita! –exclamó–. Pareces un colibrí –dijo con ternura.

Ute miró al suelo azorada e intentó seguir el ritmo del pasodoble.

Nueva pieza y siguieron bailando. Luego, “La Zarzamora”. Y cuando la orquesta llegó a la estrofa”... porque te hizo Dios mi compañera”, que Rodrigo le cantó en voz baja, todo estaba ya claro. Dejaron de bailar.

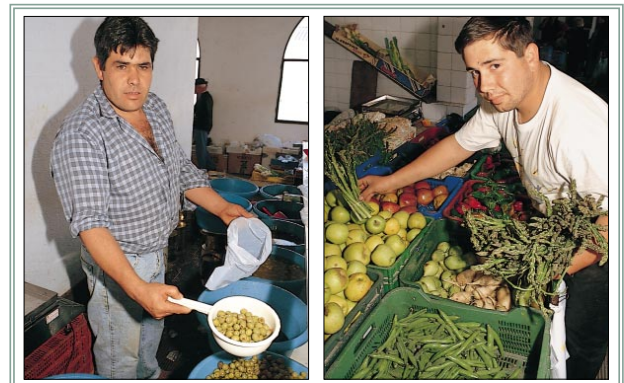
–¿Quieres beber algo? –preguntó Rodrigo.

–Si, una gaseosa de limón –respondió Ute.

Tía María se revolvió nerviosa en su asiento. ¡Habían bailado tres piezas!. Según la costumbre del pueblo, más de dos bailes seguidos significaba que el mozo pretendía a la chica como novia.

Se levantó de un brinco. Había llegado la hora de irse. Si Rodrigo quería relaciones con su hija, ya no podían estar más tiempo juntos, sin que antes el zagal hablara con su marido y formalizara la situación.

–Ute, nos vamos a casa –dijo tía María, acercándose al quiosco de las bebidas.



–Pero madre, si todavía es muy pronto –protestó Ute.

–A casa he dicho –indicó en un tono que no admitía réplica.

Por la romería de San Blas ya se hablaban formalmente. Fue un gran día de fiesta. Mozos y mozas, subidos en los carros, cantaron durante todo el trayecto, hasta llegar a la ermita. Después de la misa campera y la procesión del patrón, las familias se dispersaron por la pradera para dar buena cuenta de la comida. Migas, chorizo, lomo, hornazo, tocino, tortilla de patata y mucho vino de Cañamero o de Pitarra, para animar el espíritu. Tras la comida y la siesta, unas jotas extremeñas.

–Forman una buena pareja –decía la gente. Lástima que la familia de él no tenga recursos. *Pobrecitos, que pobres están.* Muchas bocas que alimentar, y el jornal del campo no da para mucho. Pero el chico es emprendedor y no teme al trabajo duro.

Vuelta a casa en las carretas. A pie los menos afortunados. Alegría y rostros colorados, después de un día de fiesta en el campo.

A partir de carnavales, Rodrigo acudía a visitar a Ute casi todas las noches, siempre en presencia de sus padres, sentados vigilantes alrededor de la mesa camilla. La sangre de los jóvenes rebulle y hay que estar vigilante para que no ocurra una desgracia y se tengan que casar de madrugada.

–“Vivan los quintos del 58” –gritaban los mozos del pueblo. Vino, bromas y risas.

Pero no todo era alegría. Dos años fuera del hogar para cumplir con la Patria. –Todo ese tiempo sin dos buenas manos para trabajar en el campo –pensaba su padre. –Dos años casi sin verle –se lamentaba Ute.

Ceuta, 3 de marzo de 1959

Querida Ute: –garabateado con letras como sarmientos.

¡Qué duro es estar aquí y cuánto te echo de menos! (...) Las liendres y los piojos nos comen y si queremos agua limpia la tenemos que comprar. Con mi sueldo de soldado sólo me puedo permitir una botella de agua cada dos días. Lo único bueno es que estoy conociendo mozos de muchos sitios y mi capitán, que me ha dicho que tengo disposición, me quiere presentar para una plaza en el almacén de suministro. (...) Tuyo que lo es.

Rodrigo.

Tánger, 20 de noviembre de 1959

Mi amado Colibrí. (...) He conocido a un paisano, que me ha contado que en Alemania hay muchas posibilidades de ganar un buen jornal si se es trabajador. Algunos de su pueblo se han marchado y ganan buenas pesetas. (...) Dale las gracias a tu madre por el chorizo de patatera de la matanza y la morcilla.

Rodrigo.



Ceuta, 2 de enero de 1960

Mi querida Ute. Ya sólo faltan dos meses para volver al pueblo (...)
Mi amigo Isidro, el de Miajadas, me sigue insistiendo en que nos
vayamos un par de años a Frankfurt. Su primo Emeterio se ha coloca-
do en una cadena de montaje, y sale por los 600 duros al mes (...)
Tuyo que te quiere.

Rodrigo.

Los cuartos sonaron en la Iglesia de San Martín. Los vendedores ambulantes habían colocado ya todas las mercancías en sus tenderetes, a lo largo de la calle de Fernán Ruiz y alrededor del Mercado. Algunas mujeres esperaban a que el conserje abriera las tres puertas de reja para entrar en la plaza.

La cercanía de la Semana Santa había conducido a muchos extremeños desde Madrid, Barcelona o Bilbao hasta sus pueblos para pasar unos días de descanso. Sería un día de buena venta. Lomos embuchados, quesos de oveja recubiertos de pimienta, tortas del Casar, jamones o espárragos eran comprados por kilos, para recordar el aroma natal en el humo de la ciudad.

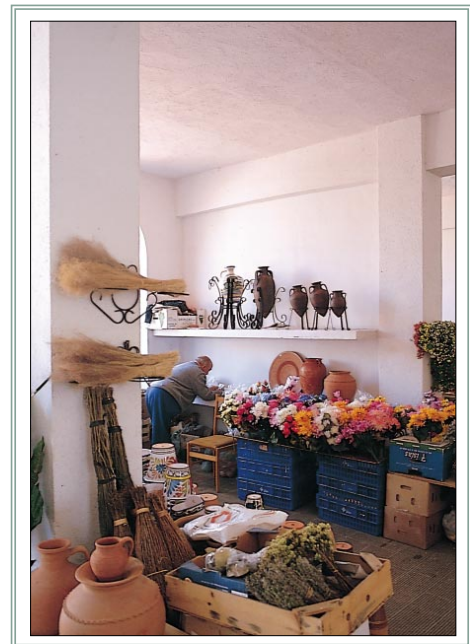
–Colibrí, es una gran oportunidad –dijo Rodrigo. El futuro en el pueblo, ya lo ves: labrar y jornal. Nos merecemos algo mejor. En dos años en la fábrica eléctrica en Alemania podré ahorrar unas 50.000 pesetas. Viviré en la misma habitación que el Isidro y su primo y ahorraré todo lo que pueda. Varios paisanos ya se han ido y mandan buenos durillos a sus casas. No llores, Ute y vete preparando el ajuar.

Un viaje de 10 horas en el coche de línea a Madrid. Con la maleta de cartón atada con cuerdas y el corazón encogido, pero lleno de esperanza, dos jóvenes esperaban en el andén de la estación de Atocha a que el tren les llevara a una nueva vida. En Frankfurt les aguardaba el Emeterio que les había encontrado trabajo en la fábrica en la que él estaba.

–*Gütten morgen. Achtung. Jahre. Spanien.* –No entiendo nada de lo que dicen. Dios mío, ¡qué solo me siento! –gritaba el corazón de Rodrigo.

–Más letras de Alemania –anunció el cartero a Ute. Espero que sean cosas buenas. ¡Hay que ver lo rápido que pasa un año y medio!, que se fue por el Corpus. Me han dicho que a Rodrigo le va bien allí y está ahorrando mucho. Ya se sabe: de casta le viene al galgo. Su padre siempre ha sido muy trabajador y no le tiene miedo al esfuerzo.

–Quiero enviar esta carta a Frankfurt. ¿Cuántos sellos necesito? –preguntó Ute en la oficina de Correos y Telégrafos.



Estimado Rodrigo. Espero con ilusión el día que regreses al pueblo (...) Yo también puedo ayudar y me voy a Madrid a servir. Entre los dos conseguiremos más dinero y puedo ir buscando en la capital un empleo para ti. Abrazos.

Ute.

Las habladurías corrían por el pueblo, arruinando honras y vidas. Las comadres murmuraban. –Dicen que han visto a Ute, la hija de tía María que sera paseando del brazo de un hombre en Madrid. ¿No estaba de novia con Rodrigo el alemán? ¡Qué vergüenza! ¡Pobre chico, rompiéndose el espinazo a trabajar, para que ella se divierta con otro!.

Tía María caminaba con la cabeza baja. No querían escucharla ni creerla. Su hija era pura y honrada. Nadie la podía haber visto del brazo con otro, puesto que no había ningún otro. Ute y Rodrigo eran novios formales. Alguien debía de haberla confundido.

Pero la maldad tiene las piernas muy largas y el rumor ya había llegado a Frankfurt.

Ute se estremeció al recordar ese tiempo. La ira desapareció con los años, pero en ocasiones no podía controlar un temblor de indignación, que la obligaba a cerrar los puños y a respirar hondo. Nadie quiso oír sus protestas de inocencia. La duda en la honra de una muchacha era una mancha que tardaba mucho tiempo en lavarse en la época en la que ella fue joven. “No sólo hay que ser buena, sino parecerlo”, decía su refrán. Escribió varias cartas a Rodrigo explicándole la confusión. El sí la creía, aunque la gente del pueblo hubiera hecho de ese asunto comentario habitual, agradándolo y

añadiendo detalles inventados. No sólo era ya que estuviera con otro, sino que un señorito le había puesto un piso y la había retirado de trabajar.

Pasó el tiempo convenido, pero Rodrigo no había hecho el dinero suficiente. Decidió darse un año más. En el fondo, sentía miedo de regresar y hacer frente a la imparable bola de nieve. Ute también decidió prolongar su estancia en Madrid. Ella no tenía miedo a las habladurías, pero su vida en la capital era mejor y ahorraba mucho.

Las cartas se espaciaron y cada vez eran más corta la parte dedicada a ellos. Tres años y medio sin verse.

El rumor llegó a Madrid antes que la noticia oficial. Rodrigo había ennoviado con la hija de un emigrante andaluz. Unos meses más tarde, unas breves líneas de despedida: “*La soledad y la incertidumbre pudieron más (...)*”. *Rodrigo.*

Ella continuó sirviendo en Madrid. Sus visitas al pueblo eran esporádicas. Algunos días en Navidad, en el verano o en alguna ocasión especial. Afortunadamente, no estaba cuando Rodrigo se casó, aunque ese día sintió como el virus de la tristeza se instalaba definitivamente en su corazón.



Cuando su padre murió, se llevó a su madre a vivir con ella. Pero tía María no se acostumbraba al ritmo de Madrid, ni a vivir encerrada en un cuarto, cuando desde niña había contado con el campo como casa. Ute regresó al pueblo y se puso al frente del puesto de quesos que la familia tenía en el Mercado de Trujillo. Había ahorrado el suficiente dinero para vivir cómodamente y el pasado se había desvanecido como la niebla. Algunas fotos que ya amarilleaban y los amigos que todavía quedaban en el pueblo eran el único recuerdo.

De su situación ya nadie hablaba. Nuevas historias habían sustituido a la suya. El rumor y la maledicencia seguían siendo una de las principales distracciones de las comadres. No quiso saber de quien había partido el suyo y con qué intenciones, ya que el odio había desaparecido con el tiempo.

Alguna noticia le llegaba de cuando en cuando. Rodrigo vive en Barcelona. La empresa ha hecho regulación de empleo y le ha jubilado. Se ha quedado viudo.

El conserje del Mercado sacó a Ute de sus pensamientos. Se dirigía hacia un chiscón para coger las llaves y abrir las puertas de hierro que daban paso al interior de la Plaza. Había estado tan absorta en sus recuerdos que no oyó dar las campanadas en el reloj de la iglesia que anunciaban que ya era la hora, ni el barullo que formaba la gente que aguardaba en el exterior, ni los gritos de los vendedores ambulantes que animaban a las compras.

Los agentes municipales se dispusieron a ambos lados de la entrada para que todo transcurriera de forma ordenada. Los primeros clientes comenzaron a entrar y se lanzaron a la búsqueda de la mejor oferta y de los mejores productos. Algunos, como los cardillos, las romazas (1) o los espárragos trigueros se vendían enseguida.

Hasta la una de la tarde, el Mercado sería un continuo tra-siego y un ir y venir constante de mercancías y personas.

Distinguió su silueta en el contraluz de la puerta. Ute sabía que iría a verla.

Aún estando en Barcelona, Rodrigo siempre había procurado saber cosas de ella, porque nunca estuvo seguro de la elección que tomó, y desde que llegó al pueblo para pasar la Semana Santa, por primera vez en mucho tiempo, y con intención de quedarse, se había informado de dónde podría verla.

–Hola colibrí –le dijo, no sin un cierto temblor en la voz.

–Tu colibrí ya voló –le contesto, mirándole con toda la serenidad de quien ha tenido treinta años para pensar.

CONCHA GONZALEZ PIZARRO
PERIODISTA

(1) *Cardillos y romazas son verduras utilizadas en Extremadura para la ensalada y los potajes de Semana Santa.*



MERCADO DE TRUJILLO



Ya desde el siglo XV hay constancia documental de la existencia de un importante Mercado que se celebraba los jueves de cada semana en Trujillo y que, sin interrupción alguna, sigue celebrándose en nuestros días.

El 14 de julio de 1465 Enrique IV concedió a Trujillo la exención de alcabalas (impuestos) sobre hortalizas, cereales y ganados que, importados de su extensa comarca agropecuaria, se vendían los jueves de cada semana en la plaza, en la colación de San Martín.

Desde esta fecha, el Mercado ha tenido varias ubicaciones, buscando siempre una mayor comodidad para las transacciones comerciales.

En 1581 se trasladó desde la Plaza Mayor a la Plazuela de la Encarnación. "Tal era la afluencia de gente, hortalizas, cereales y ganados que a pesar de la extensión de la plaza, era insuficiente para el holgado tráfico de mercancías", dice Juan Tena en su libro "Trujillo histórico y monumental".

El actual edificio de la Plaza de Abastos data de 1897 y fue edificado en la Plaza Mayor por el arquitecto municipal Eduardo Hervás. Como consecuencia de las obras que se efectuaron en la Plaza, el mercado fue desmontado en la década de los 60 y trasladado a la Lanchuela, hoy calle de Fernán Ruiz, donde sigue funcionando. La fachada del nuevo Mercado se levantó con la misma estructura y materiales que el antiguo.

La Plaza consta de dos plantas y un patio central, al aire libre. En la planta baja se encuentran los puestos de pescado, carnes y quesos y en la superior están las frutas y verduras, artesanía y un herbolario. En total, 51 puestos y un bar. Se accede al Mercado por tres arcos con rejas de hierro, estructura que se repite en

las seis ventanas principales, con las que cuenta el edificio. La fachada es de granito, aprovechando este mineral muy abundante en la zona.

Además de este Mercado, se celebran en Trujillo 24 ferias y mercados ganaderos. Una de las más populares es la Feria Nacional del Queso, que se realiza en la Plaza Mayor a finales de abril y principios de mayo.

En 1430 el Rey Juan II otorgó a Trujillo el título de ciudad. Pocos años después pasará a la historia, gracias al descubrimiento de América y, en concreto, al descubridor del Perú, el trujillano Francisco Pizarro.

